

*Estancia de la plenitud*

FERMÍN HERRERO

Valencia, Editorial Pre-Textos, 2023, pp. 78

*reseña de* Antonio Manilla

«Lo profundo es el aire», escribió Jorge Guillén, y a ese verso parece haberse acogido el último libro del soriano Fermín Herrero, *Estancia de la plenitud*, como emblema que anima la hondura de unos versos cada vez más despojados y esenciales, que hunden la raíz en esas dos dimensiones nativas del hombre que vienen a ser la tierra y el cielo, la terrestre mirada que se alza hacia la luz por medio del pensamiento. Un ejercicio en el que tan importante es el mirar y ver como la escucha, pues no hay nada, por minúsculo que parezca, que sea mudo e insignificante. Como dejó apuntado Rosa Luxemburgo durante su estancia carcelaria: «La vida también canta en la arena que cruce bajo los pasos lentos y pesados del centinela cuando se sabe escuchar».

Se abre el libro bajo la advocación de dos citas iluminadoras sobre el epígrafe que da título al conjunto: una reflexión de Giorgio Agamben sobre la idea de morada o receptáculo, que custodia el objeto de la poesía, y otra de Friedrich Hölderlin, que reduce a una porción nada más la plenitud divina que el hombre es capaz de soportar en algunos instantes dichosos de su existencia: «Después, la vida no es sino soñar con ellos». El primer verso del primer poema aquilata las intenciones del poeta: «Este es un canto de alabanza» (Herrero 2023: 9).

Durante la lectura, comprobaremos cómo la estancia o salvaguarda del poeta es el dilecto paisaje de Piedra de las Peñas, ya conocido en anteriores poemarios, aunque aquí se erige Piedra de las Peñas como el

ónfalo del poeta, de la creación de su mundo poético, en ese lugar de lo lleno donde el ser se siente completo, capaz de volver a sentir el mismo alborozo que en la niñez ante la humilde contemplación de un gorrión en un alero mientras el sol se pone, antes de que la noche lo enmudezca. «Está mirando, venturoso», nos confiesa Herrero, ese «clamor a cielo abierto» (67). Y ahí quizá está la clave. En ese mirar y ver, accediendo a lo invisible para la mayoría del mundo. Epifanías cotidianas, mínimas revelaciones captura para nosotros el poeta, en las que hay alegría y aceptación, monotonía y reposo: aunque los ojos del adulto, a diferencia de los de los niños, no busquen altura, aún son capaces de dirigir su atención al pájaro solitario, atrapando los temblores escuetos de las vidas del campo en su sencilla lucha diaria, transparente, tan alejada de los vaivenes anímicos de los hombres. Porque el nuestro es un sentir espeso, con el tiempo a cuestas, percibido en la mudanza y aquejado de nostalgia, esa épica personal de cada uno. Siente el pensamiento y piensa el sentimiento. Y remachaba Unamuno: «que tus cantos tengan nidos en la tierra, / y que cuando en vuelo a los cielos suban / tras las nubes no se pierdan».

Aunque afirme que sobran contingencias y trajines, no es la descansada vida del que huye del mundanal ruido sobre la que tratan estos versos nuevos de Fermín Herrero, tan desnudos y siderúrgicos, tan solitarios y acendrados, sino del pacífico combate interior de quien se sabe honda-

mente mundano, mera palabra en el discurso interminable de una historia en la que nuestro papel es el de mono sintáctico, que se relaciona con otros para adquirir significado. La batalla de un ser capaz de percibir la conmoción de la luz cambiante en la tarde serena a la par que su mirada va enturbiando con el peso del pasado esa impresión, hasta adquirir la convicción de ser «poco más que pavesa y, aun así, / cuánto» (Herrero 2023: 53).

«Es sentirse vivir, es lo que llena» (63), nos expresa sobre las vivencias en ese paisaje amigo o estancia de la plenitud que halla en Piedra de las Peñas el poeta. Un entorno alejado de lo civilizado, al que para acceder es precisa una larga caminata, con la rocosa severidad soriana y una fauna y flora mesetaria. Gorriones que cargan de rumor las ramas, jilgueros entre los cardos haciendo con su canto palpitarse al campo, la garza pensativa y nunca impaciente que pasea majestuosa el cielo, los relumbres de una luna chica: el alma perdida en las lejanías inducidas por la contemplación del poeta inserto en lo natural, en los desgastados paisajes de sus muchas presencias: «Estuve solo, con mis melancolías, / en el nombrar» (61). Y de ello nos entrega un decir sustancioso, con densidad y hondura, que concentra en cada palabra detalles del sentirse sumido entre las cosas de un escenario amigo y parlero, al que se teme haber dañado al cantarlo durante años como el mirlo con su única nota. Ninguno de sus lectores ratificará ese

temor del autor: siendo tan liviano su decir, casi un murmullo, en todo semejante a una suave lluvia que tras su paso deja limpio el aire y a un arder sin huellas que nos conduce, si lo seguimos, al filo de nuestra propia soledad. No puede ser más respetuosa y sostenible esa combustión poética, la transubstanciación del paisaje íntimo en poesía que genera ese escenario habitado, con tantos *veres* en la mirada del poeta, ya que solo así alcanza el calado preciso para desentrañarnos a nosotros.

Los poemas –como podría pensarse– no están organizados según un criterio temporal o estacional, respondiendo a la lógica de que no existe un relato ordenado en los graciosos deslumbres de lo cierto. Esa mezcolanza incide precisamente en desligar la iluminación de un discurso continuo, para resaltar su condición de hecho aislado, único, como corresponde a epifanías que se manifiestan de forma espontánea. «Un hombre solo está mirando a un pájaro / solitario. No hay más. Noviembre» (67), así comienza uno de los poemas en los que el hombre halla consuelo en la contemplación, el ave quizás alza el vuelo y con tan escasa materia nos presenta a los espectadores de esas letras lo inefable, esas cosas que no pueden ser atrapadas en palabras, como los estorninos invernales que la poeta irlandesa Moya Cannon contempló, más que volando, «tirando de alguna arteria desconocida del corazón humano».